

Como oro en baño

Bruno Esposito tomó su última decisión. Se recordó a sí mismo, con quince años, vigilando el barrio de Scampia con una vieja *Piaggio* y su *pipa* escondida. Rompió a llorar, no podía ser tan fácil vivir toda tu vida en un hoyo pensando que estás en la cima. Pero sí fue fácil para él, huérfano y solitario, ver en Giuliano Ruffo a un jefe, ver en él una única motivación, un único miedo y, en su adolescencia y juventud, un abyecto sucedáneo de padre. Ciertamente, trabajar para Don Giuliano nunca fue complicado: había que carecer de empatía, ser valiente, implacable si eras *soldati* y saber manejarte con los múltiples y divisores de sesenta. Bruno aprendió a ser elegante, no hablaba como esos mediocres que sólo saben disparar. *Coca, falopa o merca* son palabras que jamás usó. *Oro blanco* es como llamaba, con macabra jocosidad, al *áureo* veneno que hizo de su mentor Giuliano un camorrista titánico y atroz, aunque de buena fama en la noche napolitana, pues su *oro blanco* era más puro que el de otros clanes rivales. Tenía más quilates podría decirse.

Dada su calidad, era ideal para pubs y discotecas y era aclamado en esos lodazales enmascarados de ambientes de la *dolce vita*. Bruno veía cómo el *oro blanco* secaba la dignidad y humedecía el deseo, conseguía que sus esclavos olvidasen esa noche su matrimonio agonizante, sus miedos o las facturas amontonadas en la mesa de la cocina. El *oro blanco* de Giuliano era disfrutado en los baños de los locales nocturnos, buscando intimidad. Era fácil identificar a los súbditos del *oro blanco*; solían ser errantes pompas de jabón deambulando por una sociedad llena de alfileres. Siempre se dirigían al baño con los hombros caídos, siempre salían de él con la mandíbula desencajada y, durante ese recorrido, hipócritas miradas juzgándolos por haber comprado medio gramo de ruina.

Aquella tarde de verano Bruno dio su último paseo. Miró por última vez el mural de San Gennaro, en el barrio de Forcella. Pensó que incluso el patrón de la bella Nápoles parecía un testigo impotente ante la asesina *omertà* y los tentáculos de la Camorra. Después caminó una hora más, para alejarse del Centro, hasta que al fin entró en un viejo bazar. Sería apropiado comprar una carpeta donde proteger la contundente documentación. Mientras el joven pakistaní, que le atendió con agrado, oteaba la zona de artículos de papelería Bruno miró pensativo (nunca fue un gran lector) una pila de libros viejos que había sobre el mostrador, costaban casi menos que la carpeta.

No vaciló en su elección y agarró una edición amarillenta de *Crónica de una muerte anunciada*, de García Márquez. Salió del bazar con una carpeta roja y su libro. Rezagado en un callejón, abrió la carpeta e introdujo los folios que llevaba doblados bajo la camisa: contratos falsos, fotografías de *laboratorios*, una hoja con nombres de policías y revisores portuarios comprados y un plano de la vivienda sita en Caserta, al norte de Nápoles, donde se escondía el prófugo Giuliano Ruffo. Marcó con rotulador negro la parte de la propiedad donde se había improvisado un *búnker* a tal efecto. Se ocultó la carpeta en los pantalones, tapándola con la americana. Apretó el paso, en Nápoles la indecisión se paga.

Pronto llegó al Café Lisboa, el lugar acordado con Andrea Licciardi, subteniente milanés de los Carabinieri. Ese era un buen sitio. Alguien como Bruno no podía dejarse ver en una comisaría, demasiado llamativo. Tampoco era aconsejable salir de la ciudad y mucho menos quedar con un policía, Giuliano tenía miles de ojos. Pudo percatarse, por su afilado instinto, de que en la puerta del local había unos doce carabinieri de paisano. La desconfianza era mutua, pero Bruno tenía que aceptar la situación, fue él quien se puso en contacto con Andrea dos días antes para contarle su irrevocable decisión, tenía que jugársela. Cuando entró no vio a más de dos clientes. Presumiendo de aquella inteligente parsimonia napolitana, el cómplice camarero miró a Bruno y asintió con disimulo para confirmarle que todo estaba en orden. Bruno pidió un café solo que bebió al trago y entró al cuarto de baño. Ahí estaba, sin sorpresas, la papelera roja donde debía dejar la documentación que, irónicamente, también sería oro para Andrea y su anhelado ascenso y también le esperaba en un sórdido baño. Después de dejar escondida la carpeta en la papelera salió agitado del Café Lisboa, observado con recelo por los policías. Volvió a su apartamento, también a pie.

Bruno entró en su casa dando un portazo liberador, se tumbó en su sofá por última vez, abrió *Crónica de una muerte anunciada* y leyó hasta bien entrada la madrugada. Al acabar el libro soltó una última lágrima. Bruno no sería un héroe, ni siquiera sería recordado, pero tampoco se sintió un traidor. Pasadas las cinco de la mañana, más o menos a la misma hora en la que se hubiera levantado Santiago Nasar, se escuchó en todo el bloque un disparo proveniente del piso del irreductible Bruno Esposito. Sus vecinos lo entendieron, conocían bien ese sonido. Para los hombres como Bruno ese es el sonido de las decisiones.